Capítulo 15

La sucesión en el Imperio y el reajuste de los intereses religiosos y dinásticos

JOSÉ MARTÍNEZ MILLÁN

Los acontecimientos sucedidos entre la batalla de Mühlberg y la abdicación de Carlos V pusieron de manifiesto el fracaso de los planes políticos y religiosos que tenía Carlos V. En el análisis del fracaso de la política universalista han de considerarse diversos factores. Ya antes de comenzar la Dieta de Augsburgo de 1547-48, se evidenció que los intentos de rentabilizar tan gran victoria contra los protestantes tenía fuertes dificultades. Todo intento de poner los recursos de los principados del Imperio en favor de una *liga imperial* terminaron en fracaso, ya que todo intento de llevar más allá de la unión personal que existía entre todos ellos con el emperador chocó con la resistencia de los príncipes tanto católicos como protestantes.

15.1. LAS RELACIONES CON JULIO III

Entre los puntos capitulados en el cónclave que eligió la cardenal del Monte papa (Julio III) estaba el compromiso de continuar el concilio universal para la extirpación de las herejías y la reforma de la Iglesia. Enrique II se resignó a la elección de Julio III, pero no admitió las buenas relaciones que éste mantenía con el emperador[428]. Dado que el Papa estaba decidido a reanudar el concilio, envió a Antonio Trivulzio a negociar a Francia, mientras que Pighino era el encargado de negociar con Carlos V, al mismo tiempo que confiaba la preparación del mismo a una comisión de siete cardenales. Trivulzio llevaba una instrucción en la que el pontífice se comprometía a no dar ningún paso en tanto no hubiera recibido respuesta de Enrique II, quien pasó de dar una respuesta cortes al papa a una negativa rotunda a la celebración del concilio. Esto no amedrentó al papa, quien se decidió a continuar con la convocatoria, si bien, para evitar cualquier problema omitió la expresión «continuación del concilio»[429]. Pighino, por su parte, se presentó ante el emperador con unas instrucciones en las que advertía al emperador de algunas dificultades que subsistían; a saber, que debía hacer todo lo posible para que participasen los franceses, no fuera que por ganar el Imperio al catolicismo se perdiera Francia; que las decisiones que tomara el concilio en cuanto al dogma no podían ser puestas en críticas después y, finalmente, dejaba bien claro que la suprema autoridad en el concilio correspondía a la Sede Apostólica. Aunque, cuando Pighino llegó a Augsburgo (3 de agosto de 1550) para entrevistarse con el emperador, éste ya había abierto la Dieta, lo que fue interpretado por algunos como un recurso de

[428] Sobre el problema de la elección, T. F. MAYER, «Il fallimento di una candidatura: il partito della riforma, Reginal Pole e il conclave di Giulio III». *Annali dell'Istituo storico italo-germanico in Trento* 21 (1995) 41-68. F. BAUMGARTNER, Henry II and the Papal Conclave of 1549». *Sixteenth Century Journal* 16 (1985) 301-314.

[429] L. PASTOR, XIII, pág. 100.

Carlos V para oponerse al pontífice. A pesar de las críticas que algunos príncipes protestantes manifestaron en contra de las advertencias enviadas por el papa, el emperador se comprometió a apoyar la celebración del concilio, dando a conocer la bula de convocatoria el mismo día que se clausuraba la Dieta.

15.1.1. *El litigio de los Farnesio en Parma*

Fiel al juramento que había hecho en el cónclave que lo eligió papa, Julio III se apresuró por solucionar las cuestiones que tanto habían agitado los últimos años del pontificado de Paulo III. El 23 de febrero de 1550, el ducado de Parma era restituido a Octavio Farnesio, al mismo tiempo que confirmaba al hijo menor de su predecesor en los cargos de gonfaloniero y general de la Iglesia de Roma. Pero Carlos V, cuyas tropas ya habían ocupado Plasencia, ordenó a su embajador en Roma, Hurtado de Mendoza, que convenciese al pontífice para que cediese ambas villas al Imperio a cambio de alguna compensación. Los Farnesio se sintieron amenazados y entraron en negociaciones con el nuevo monarca francés, Enrique II, con el fin de obtener su protección. Aunque no parecía inminente que tales cambios se llevasen a efecto, en la primavera de 1550, el rey francés enviaba al mariscal de La Marck a Roma, al mismo tiempo que le ordenaba que hablase sobre este asunto con el cardenal Alejandro Farnesio[430]. La actitud de Enrique II, que mantenía un acuerdo con los protestantes alemanes en contra de Carlos V, no ayudó a que el Papa olvidase la propuesta hecha por Mendoza; es más, ante el temor de la difusión de la herejía, Julio III ordenó a la universidad de la Sorbona que celase por la imposición de la ortodoxia, lo que no fue bien visto por el rey, quien escribió a todos los obispos de su reino para que denunciasen los abusos que cometía la Iglesia y convocaba a un concilio *nacional*. Esta actuación llevó a Julio III a amenazar a Enrique II con la excomunión. Estas amenazas fueron tomadas en serio por el monarca francés, que –el 27 de mayo de 1551– se declaraba protector de Octavio Farnesio y rompía relaciones diplomáticas con la Santa Sede[431]. Al firmar este tratado de protección, Julio III proclamó rebelde a Octavio Farnesio y le declaró la guerra, en consecuencia, todos aquellos *fuorusciti* de la Corte de Roma, protegidos por la monarquía francesa, como Piero Strozzi, Horace Farnesio, Cornelio Bentivoglio, Aurelio Fregose y otros, se levantaron en armas alrededor de los territorios de Parma y la Mirándola en defensa de los intereses de Farnesio.

Con todo, durante los primeros días de septiembre de 1551, Julio III buscaba la paz con Francia. El 8 de septiembre, el pontífice nombró dos legados extraordinarios, el cardenal Carpi y el cardenal Verallo, que debían ir a las cortes de Carlos V y Enrique II, respectivamente con el fin de negociar la paz[432]. En las instrucciones que Julio III entregó al cardenal Verallo, Julio III decía que le enviaba a Francia no solo para establecer una sólida amistad, sino también «pour montrer au monde combien nous désirons la paix». El rey aceptaba la legación de Verallo y en contraprestación nombraba al cardenal de Tournon como su representante para negociar con el pontífice. Las negociaciones fueron rápidas ya que, el 20 de abril, Paulo III anunciaba el final de las mismas a Ferrante Gonzaga, general de las fuerzas eclesiásticas e imperiales, dándole orden de cesar las hostilidades en Parma y en el condado de la Mirándola. Pocos días después, el 29 de abril, Julio III y el cardenal de Tournon firmaban una tregua por dos años entre Francia y la Santa Sede. Octavio Farnesio mantenía la posesión del ducado de Parma y su hermano Horacio recobraba el ducado de Castro. El conde de la Mirándola obtenía parecidas ventajas; además, las censuras, sentencias y penas lanzadas por el pontífice contra los Strozzi, Orsini y demás partidarios del rey francés fueron retiradas[433]. Fue una victoria política y moral de Enrique II ante sus *clientes* italianos.

La guerra de Parma también mostró a los príncipes italianos que la protección que ofrecía el rey de Francia no era algo hueco. Antes de firmar la paz, Enrique II se había preocupado de compensar por todos los daños que habían sufrido a sus *clientes* y protegidos. Sin duda los más beneficiados de este proceso fueron

---

[430] L. ROMIER, I, 192.

[431] L. ROMIER, I, 229-245. G. DE LEVA, «La guerra di papa Giulio III contro Octavio Farnese sino al principio delle negoziazioni con la Francia». *Rivista Storica Italiana*, vol. I, págs. 632-680.

[432] H. LUTZ, *Christianitas Afflicta*. Göttingen 1964, págs. 139-141.

[433] G. GOGGIOLA, *I Farnesi ed il ducato di Parma e Piacenza durante il pontificato de Paulo IV*. Parma 1905, págs. 9-15.

los Farnesio: el cardenal Ranuccio, el más pacífico de la familia, volvió a Roma el 11 de mayo de 1552; cuatro días después, el papa restituía a su hermano, Horacio, el ducado de Castro[434]. Más brillante y significativa fue la vuelta a Roma del cardenal Alejandro Farnesio, quien (el 8 de junio 1552) iba a visitar al papa acompañado de los cardenales Dandino, Campeggio y Santa Fiore, además de 24 obispos y 400 caballeros. A partir de entonces, los Farnesio fueron siempre bien recibidos en la corte francesa hasta el punto de que Enrique II nombró al cardenal Alejandro superintendente de los asuntos reales en Italia. No obstante, tras la muerte de su hermano menor, Horacio, casado con Diana de Francia, la influencia de los Farnesio comenzó a caer entre los franceses. Los intereses del duque de Parma se oponían cada vez más a los objetivos de los *fuorusciti* que luchaban en Siena contra Cosme de Medicis. Enrique II no tenía suficientes ingresos para mantener abiertos varios frentes de guerra en Italia. En abril de 1555, ordenó trasladar su artillería de Parma a Siena, al poco tiempo, mandaba a Soubise, lugarteniente en Parma, que pasase a Siena bajo las órdenes de Strozzi[435]. En el mes de diciembre del año anterior, el cardenal Farnesio, habiendo expresado su deseo de volver a Francia, Enrique II le ordenó permanecer en Roma. Era el declive de una amistad que hasta entonces había resultado provechosa para la monarquía francesa.

15.1.2. *La continuación del concilio en Trento*

El proceso sobre la traslación se comenzó a finales de marzo de 1548. La publicación del *Interim* dio pie a que la curia volviese a considerar la posibilidad de tener una asamblea en Roma, por lo que se envió al nuncio Bertano (en sustitución de Sfondrato) a la corte imperial para consultarlo con Carlos V. La propuesta consistía en seguir el concilio en presencia de su Santidad por los prelados de Trento, los que había en Bolonia, los franceses y otros elegidos. Esto no fue admitido ni por los consejeros del emperador, que deseaban la suspensión del concilio de Bolonia, ni por Enrique II, que se negó a que los prelados franceses asistieran a Roma. Las negociaciones se prolongaron durante 1549 sin resultados positivos. En estas circunstancias moría Paulo III el 10 de noviembre de 1549. Su sucesor, Julio III (que había participado activamente en las sesiones del concilio), relegando los graves problemas italianos a segundo plano, prosiguió la preparación del concilio. El día 15 de abril, el papa enviaba a Relli, a quien había nombrado nuevo secretario del concilio, a Trento para que organizase las reuniones. El 29 de abril hacían entrada solemne los legados Crescenzi, Pighino y Lippomano, encontrando un pequeño número de prelados. A pesar de todo, el día 30 de abril se reunió por primera vez la congregación general del concilio y acordó que al día siguiente se realizaría la primera sesión[436]. No obstante, la continuación del concilio de Trento no solo se vio amenazada por el inicio de la guerra de Parma, sino también por la alianza que Enrique II había hecho con el sultán en la primavera de 1551 con el fin de envolver al emperador en un doble frente: en el mediterráneo y en Europa[437]. En Trento se seguían con angustia las noticias sobre la amenaza de la flota turca en el Mediterráneo y la resolución de la guerra de Parma; sin embargo, también se sabía que las soluciones estaban en las cortes de Carlos V y Enrique II y que Trento ocupaba un lugar secundario en el escenario de la historia de este período[438].

La asistencia de prelados a esta nueva etapa del concilio fue muy escasa, especialmente por parte de los obispos italianos a pesar de los esfuerzos y mandatos del pontífice para que asistieran. Muy distinta fue la representación hispana como consecuencia del mandato del emperador. El núcleo de la representación estaba constituido por la minoría que no había obedecido la orden de traslado a Bolonia y que habían permanecido en Trento, a los que habría que añadir aquellos otros prelados que por mandato de Carlos V fue-

[434] ASN. Cart. Farnes, fasc. 1337, actas originales.
[435] ASN. Cart. Farnes, fasc. 258, fasc. 10.
[436] V. CADENAS Y VICENT, *El concilio de Trento en la época del emperador Carlos V*. Madrid 1990, págs. 319-320.
[437] H. LUTZ, *Christianitas afflicta*, págs. 40-43 y 146-148.
[438] *Ibídem*, págs. 40 ss.

ron por primera vez[439]. En el Imperio también aumentó el interés por el concilio y, por consiguiente, por su participación, si se tiene en cuenta que durante la primera etapa del concilio apenas si hubo obispos que participasen[440]. El emperador hizo llegar a los metropolitanos la urgente necesidad de que cumplieran con lo mandado por el papa y numerosos obispos se aprestaron a obedecer[441]. En la congregación del 24 de enero de 1552 se recibió a los protestantes, quienes propusieron designar árbitros para llegar a un acuerdo y que los decretos publicados hasta entonces no se considerasen decisivos. Pocos después, mantuvieron una reunión con los representantes imperiales, quienes propusieron –para evitar disensiones– tratar únicamente cuestiones de reforma de la Iglesia, pero no los dogmas. Tal propuesta no fue aceptada ni por los protestantes ni por Roma, que decidió discutir a la vez el dogma y la reforma.

Las noticias procedentes del Imperio cada día eran más alarmantes a causa de los tumultos y levantamientos que se producían. El 16 de febrero de 1552, el elector de Tréveris se ausentaba de Trento y, un mes después, lo hacían los de Maguncia y Colonia. En Roma se tenía noticia la última semana de enero de 1552 de las negociaciones traidoras al Imperio del elector Mauricio con Francia. A mitad de marzo, los preparativos estaban realizados para sublevarse contra el emperador. El emperador escribió una carta a sus embajadores en el concilio indicándoles la conveniencia de suspenderlo a causa de la situación que se vivía[442]. «Toda Alemania está en armas –escribía el cardenal Farnesio al papa– y no se puede ya dudar de la liga entre los príncipes protestantes y Enrique II». En este estado de cosas, la situación era peligrosa para la continuación del concilio en la ciudad de Trento, toda vez que los sublevados habían conseguido la ciudad de Augsburgo. La suspensión de la guerra, concluida por el cardenal de Tournon con la Santa Sede el 29 de abril de 1552, había desmovilizado a numerosos partidarios de Francia que habían luchado al lado de los Farnesio. Desterrados de Nápoles (como los Sanseverino, Aquaviva o Caraccioli), o florentinos, como los Strozzi[443], cruzaban Italia para ir allí donde las tropas de Carlos V y Enrique II se batían. En abril, Julio III extendía la bula de conclusión del concilio ante el peligro de que éste se disolviese por sí mismo.

Después del decreto de supresión del 28 de abril de 1552, el concilio de Trento se disolvió sin haber realizado la confrontación con los protestantes que quería Carlos V y sin haber realizado la reforma de la Iglesia. Cada día se aceptaba más en Roma como una realidad la escisión alemana en materia de fe.

15.2. Los equilibrios dinásticos-patrimoniales

La victoria sobre los protestantes en el Imperio produjo en Carlos V un estado de euforia que le llevó a pensar en dejar a su hijo Felipe como heredero único de todos los territorios que poseía, para lo que ordenó que hiciera un viaje por Europa (1548) para que le conocieran todos sus súbditos; era el mismo sistema que el propio emperador había realizado al heredar todos los territorios. No obstante, muy pronto se percató de que sus proyectos eran imposible llevarlos a la realidad por la oposición que surgió tanto en el seno de su propia familia como por parte de sus territorios, ya que a causa de la cuestión sucesoria los hermanos (Carlos y Fernando) se distanciaron, al mismo tiempo que la mayor parte de los territorios del Imperio se opusieron a los planes de Carlos y se acercaron a Fernando.

Carlos V intentó aprovechar la victoria militar sobre los protestantes, no solo para dejar sentenciada la cuestión religiosa, sino también para reformar la estructura política del Imperio con el fin de darle una cohesión y centralización de la que carecía. La nueva constitución consistía en renovar la relación existente entre la cabeza del Imperio y los numerosos estados que lo componían; con ello pretendía afianzar el predominio de la dinastía (los Habsburgo) en dichos territorios. Para lograrlo, proyectó formar una *liga imperial*

---

[439] Véanse los participantes españoles en, C. Gutiérrez, *Españoles en Trento*. Madrid 1951. Las cartas personales del emperador a determinados prelados hispanos para que fuesen al concilio en M. Ferrandis, I, págs. 134 ss.

[440] ASVa. Carte farnesie, leg. 16, fol. 382r.

[441] Los obispos que participaron, H. Jedin, III, págs. 389 ss.

[442] M. Ferrandis, I, 398-400. Carta fechada en Inspruck, 5 de marzo de 1552.

[443] Sobre el personaje, véase la vieja, pero útil biografía de: Francesco Trucchi, *Vita e Gesta di Piero Strozzi*. Florencia 1847, págs. 15 ss.

que englobaría a todos los estados alemanes, los del norte de Italia e, incluso, los Países Bajos. Tan ambicioso proyecto resultó harto complicado de ejecutar a la hora de delimitar las distintas jurisdicciones y competencias que debían tener cada uno de los estados y cada uno de los pocos organismos que debían de ser comunes a todos ellos. En el *Bundestag* de Ulm (de 1547) ya se fraguó un amplio frente de oposición al proyecto de Carlos V hasta el punto de que los propios consejeros de su hermano Fernando pensaban que no se podría realizar una liga tan amplia, por lo que insistían en que convenciese al emperador para realizar una liga particular en la que se incluyesen solamente los estados de la alta Alemania. Con todo, dado el empecinamiento de Carlos V, la mayor parte de los estados trataron de ganar tiempo, recomendando discutir tan importante reestructuración en la Dieta que se iba a celebrar en Augsburgo a partir del verano de 1547[444]. Sin embargo, muy pronto se demostró que las intenciones del emperador en materia política no se lograrían, pues, una vez comenzada la Dieta, los estados imperiales mostraron una oposición pasiva que –a principios de 1548– llevó a Carlos V a adoptar soluciones parciales (como el tratado de Borgoña. que regulaba la situación de los Países Bajos en relación con el Imperio, les daba una amplia autonomía jurídica solamente con la obligación de su permanente defensa); pero la creación de una fuente de recursos central para los gastos militares derivados, tuvo que imponerse contra el parecer de los estados.

La famosa *Transacción de Borgoña* (26 de junio de 1548), establecida entre Carlos V, en su doble función de emperador y señor de los Países Bajos, por una parte, y los estados del Imperio por otra, incorporaba los Países Bajos al círculo de Borgoña; pero además les ofrecía una protección militar imperial, en caso de que fuesen atacados por los franceses, sin perder su autonomía política. Años después, el cardenal Granvela, que había participado (junto a su padre) de manera decisiva en la realización de la misma, escribía a Felipe II la importancia de la *transacción:*

> «Este tratado afianza la independencia de las provincias neerlandesas y les procura una unidad más fuerte en perjuicio del particularismo regional. La Transacción resuelve los litigios surgidos a raíz de la subordinación de Utrecht, de Güeldres, del Brabante, de una parte de Flandes, de la fortaleza de Cambrai y de otras regiones de los Países Bajos. Todos estos territorios se ven aliviados de la obligación de someterse a los recesos de la dieta y a los juicios de la Cámara imperial siempre que observen la paz pública y paguen las ayudas impuestas, iguales a las proporcionadas por los dos príncipes-electores, en tiempo normal, o por tres electores, en caso de guerra contra los turcos. Nadie podrá ya levantar su arma contra los Países Bajos sin hacerlos sobre su soberano» [445].

Las negociaciones de este acuerdo se pudieron concluir con éxito gracias a la mediación de María de Hungría, Nicolás Perrenot, y Viglius de Zuichem. Perrenot desconfiaba de las relaciones entre los señores de los Países Bajos y de los príncipes del Imperio; conocía la gestación de un partido político hostil al sistema que pretendía instaurar el emperador y que este grupo o facción pretendía sujetar el círculo de Borgoña al Imperio. En el mismo día de la promulgación de este tratado, también se negoció otro para el Franco Condado, que desde tiempo atrás venía siendo feudo del Imperio, incorporándolo también al círculo de Borgoña.

Por si todo ello fuera poco, en marzo de 1551, se subscribían los tratados familiares para formalizar la sucesión:

> «Halláronse en Augusta [Dieta de 10 septiembre 1550] en estas Cortes el rey don Fernando, la reina María la Valerosa, que vino de Flandes a ver al Emperador su hermano, el príncipe Maximiliano, archiduque de Austria, que fue el primero que habló en las Cortes; el duque de Cleves, el cardenal de Trento y otros muchos. Deseaba el Emperador que su hijo el príncipe don Felipe de España le sucediese en el Imperio, como le había de suceder en los reinos. Consideraba el Emperador las fuerzas que se requerían, como él lo había visto en las guerras de Alemaña, que si no fuera príncipe tan poderoso, señor de tantos y tan ricos reinos, no

[444] A. KOHLER, *Karl V*, págs. 320-321.
[445] M. van DURME, *Imperio y revolución...*, págs. 96-97.

fuera posible valerse contra la potencia de Alemaña. Veía que su hermano, el rey Fernando, era pobre, y que quedando el Imperio en él, cada príncipe de los de Alemaña se le había de atrever, y el Imperio caería, y aun la religión de aquellas partes con él, que parece vio lo que por nuestros pecados vemos.

Trató esto con la reina María su hermana, que era princesa en quien cabían estas cosas y otras mayores, y siendo ella del mismo parecer, el Emperador la dijo que lo tratara y acabase con el rey Fernando su hermano, que quisiese renunciar esta dignidad en el príncipe don Felipe, a quien él esperaba allí muy presto. Agravióse grandemente el rey don Fernando, pareciéndole que se le hacía notable afrenta, porque no solo perdía su propia autoridad y honra, sino que le tendrían en poco y por hombre de ánimo apocado» [446]:

A este respecto, a nivel familiar el objetivo de Carlos era mantener la unidad de la Casa de Austria y de sus territorios una vez que él muriese o abdicase, para lo que organizó una serie de matrimonios y alianzas que no dieron resultado[447]. Así pues, fue María la encargada de exponer a su hermano Fernando las ideas que tenía Carlos acerca de la alternancia en el poder que se debía seguir y la posibilidad de unir en matrimonio a una hija de Fernando con el príncipe Felipe, lo que sellaría con más fuerza la unión tras el matrimonio, ya efectuado, de Maximiliano y María, hija de Carlos V. Tal proyecto no fue aceptado por los príncipes alemanes, que alegaban que Carlos pretendía hacer un Imperio hereditario, ni tampoco por Fernando, quien exigió que se hallara presente su hijo en tales discusiones[448].

El 10 de septiembre de 1550, María llegaba a Augsburgo, iniciando las conversaciones con Fernando. Este rechazó la cesión de sus estados o el tener que reconocer otro sucesor que no fuera su hijo Maximiliano. Cuando éste último regresó de España en 1550, Carlos maduró otro plan que consistía en una tetrarquía de dos emperadores y dos reyes:

«Madame ma bonne seur, javoie quelque espoir par ce que lon mescripvoit, et autres advertissements que lon me donnait de plusiers coustelz, que le roy, monsr notre grere, et notre nepveu, mon beaufils, le roy de Boheme, se laisseroient persuader a ce dont il est question pour establir et conserver la grandeur de notre maison, et il y avoit quelque apparence, actendu la diligence dont mondit beaufils a use pour venir icy, laquelle il ne debvoit faire, mais plustost sexcuser de venir, sil estoit dintencion de sarrester a non vouloir condescendre a ce que convient; mais je commence perdre ce bon espoir, considerant lescript quil me donna avanthier soir escript de sa main, tel que vous verrez par la copie de celle de leveque Darras, lequel est fonde sur ce que, comme je me suis tousjours doubte, quil accostume en toutes aultres, dy adjouster une collecte pour avoir quelque ayde a lencontre du Turcq».

En estas circunstancias, Solimán atacó el Imperio; puesto que Fernando no reconocía al príncipe Felipe como su sucesor, Carlos no prestó ayuda a su hermano para luchar contra los otomanos, a lo que Fernando contestó con una amenaza de ruptura definitiva[449].

El 1 de enero de 1551 regresó María de Hungría a Augsburgo y comenzó a tratar la reconciliación de los dos hermanos. A primeros de marzo conseguía que se firmaran cuatro actas por las cuales se acordaba que, en caso de ser coronado emperador Fernando, induciría a los electores a elegir a Felipe como Rey de Romanos. Si después, Felipe era coronado emperador, Maximiliano le sucedería en su dignidad y le reemplazaría en su ausencia. En su calidad de Rey de Romanos, Felipe solamente se ocuparía del Imperio con el consentimiento de Fernando[450]. Terminadas las negociaciones, el 7 de marzo de 1551, como ya hemos dicho,

---

[446] P. de SANDOVAL, III, 313.

[447] Para el tema, resulta fundamental: E. LAUBACH, «Karl V., Ferdinand I. Und die Nachfolge im Reich». *Mitteilungen des Österreichischen Staatsarchivs* 29 (1976) 1-51.

[448] Para los antecedentes de los títulos concedidos a Fernando, W. BAUER, *Die Anfänge Ferdinands I.* Wien-Leipzig 1907, págs. 86 ss.

[449] «Il me replicqua incontinent, quil navoit peu delaisser de faire ce quil ce quil avoit faict, et que enfin, si le Turcq le vouloit assaillir, il luy seroit grief se trouver sans layde des estatz du st empire, et que sa conscience et son honneur le forcoient a faire prposer ses necessitez aux estatz, et que resoluement il ne le pourroit delaisse» (Carta de Carlos a María, fechada en Augsburgo, 16 diciembre 15560, K. LANZ, III, 15 y 17). M. VAN DURME, pág. 125.

[450] T. JUSTE, *Les Pays Bas sous Charles V et de Marie de Hongrie*, pág. 182. V. PRESS, *Kaiser Karl V, König Ferdinand und die Entstehung der Ritterschaft*. Wiesbaden 1976, págs. 87 ss.

Carlos V ofreció a su hijo la investidura de los Países Bajos, pero la ceremonia ya no causó el entusiasmo que en un principio Carlos V, pues, había estado obsesionado en que su hermano Fernando le cedería el Imperio en favor de su hijo Felipe.

15.3. La quinta guerra Habsburgo-Valois: Desde el asedio de Metz (1552) a la tregua de Vaucelles (1556)

15.3.1. *La crisis de 1552. El tratado de Passau*

Paralelamente, Mauricio de Sajonia concluía una alianza con Enrique II mediante la cual se estableció que el rey francés se apoderaría de Metz, Toul y Verdún e invadiría los Países Bajos, mientras Mauricio atacaría a Carlos V. Otros príncipes alemanes estuvieron implicados en el asunto. La excusa del ataque sería la libertad del landgrave Felipe de Hesse, prisionero en la batalla de Mühlberg. Ahora bien, no era ésta la única reivindicación, también exigía el reconocimiento del protestantismo. Reprochábale a Carlos el que excluyera del gobierno a los príncipes y consejeros alemanes en favor de los hispanos, se oponía a las negociaciones relativas de la sucesión del Imperio y no estaba de acuerdo con el *Interim* ni con las promesas de someterse a los decretos de Trento[451].

Aunque, tanto Carlos V como Granvela creían que Mauricio no tomaría las armas contra ellos, se mostraron prestos a negociar, poniendo como mediador a Fernando. Desde el 18 de abril de 1552 tuvieron lugar una serie de reuniones entre Fernando, Mauricio de Sajonia y los representantes del emperador. Mauricio rechazó las exigencias del emperador y las negociaciones fueron aplazadas hasta la Dieta que se iba a celebrar en Passau, concluyendo una tregua por toda la duración del Reichstag. Con todo, el 19 de mayo, el de Sajonia lanzaba un ataque por sorpresa en dirección a Innsbruck, ciudad en la que se hallaba Carlos V. Pretendía obligar al Emperador a rendirse o, al menos, lograr el máximo de concesiones. El emperador ya había intentado huir en el mayor de los sigilos camino de los Países Bajos, pero pudo comprobar cómo las tropas de Mauricio controlaban los caminos, por lo que hubo de volver a Innsbruck. Así tuvo que preparar de nuevo su salida en una noche de mayo, desprovisto de tropas, sin dinero y tullido por la gota, solamente con unos cuantos servidores[452]. Carlos huyó hasta Villach con la intención de acercarse a las tropas que Andrea Doria allegaba de España a través de Italia. Afortunadamente para el emperador, una vez que Mauricio llegó a Innsbruch, regresó de inmediato a Franconia y a principios de junio de 1552 emprendía las negociaciones en Passau en presencia de Fernando de Austria. La derrota militar del emperador había cambiado fundamentalmente la situación política. En el tratado de Passau, negociado por Mauricio de Sajonia con el rey Fernando, los príncipes alemanes católicos y representantes del emperador, se había dado pauta para el ulterior reconocimiento jurídico imperial del protestantismo. El príncipe elector exigió la garantía definitiva de su profesión de fe; esto es, que en lo sucesivo, ningún estado del Imperio podría ser agredido por otro por razones de fe. Aunque Carlos V solamente aceptó tal propuesta con carácter provisional, dado el cambio de poder que se había realizado, resultaba difícil de pensar que algún día fuese anulada o modificada. Roma no se percató de la importancia de lo tratado en Passau. Carlos pretendía alargar las conversaciones hasta una Dieta ulterior con el fin de que entretanto se reuniese el concilio y decidiese en materias religiosas. A pesar de ello, el 2 de agosto de 1552, Mauricio se comprometía a a ayudar a Fernando contra los turcos, y se firmó un acuerdo. El día 15 de agosto lo ratificaba Carlos[453]. A principios de septiembre eran puestos en libertad el landgrave y Juan Federico. De esta manera, las estipulaciones del tratado de Passau entraron en vigor.

---

[451] K. Lanz, III, 78-79. H. Duchhardt, *Protestantisches Kaisertum und Altes Reich. Die Diskussion über die konfession des Kaisers in Politik, Publizistik und Staatsrecht*. Weisbaden 1977, págs. 37-39.

[452] M. Van Durme, pág. 129.

[453] H. Lutz, *Christianitas afflicta*, págs. 89-90 y 143 ss.

Carlos consideró el tratado de Passau como una especie de derrota moral. Había permitido su conclusión con el fin de satisfacer a Fernando, quien, amenazado de los turcos, necesitaba la ayuda de Mauricio de Sajonia:

> «Sur le recit que le roy des Romains a fait a lempereur de tout le demene de la negociacion de Passau, mesmes dois larriuee cellepart du sr de Carondelet auec le despeches auec lequel sa ma[te] imperiale le despecha dernierement, et ayant particulierment entendu lestat des affaires, deleracion des aduersaires, leur maniere de negocier tant absolute, le danger eminent aux estatz obeissans et a toute la Germanye, lazard apparent aduenir en Hongrie pour la descente cellepart de Achmet Bassa, auquel il sera mal possible faire resistence sans lassistence de ceulx de lempire, que ne seroit practicable demeurant la Germanye en lestat quelle est opressee des aduersaires, et ce que diceulx le roy se doit craindre en ses pays: il ny a chose que sa dicte ma[te] pour euiter les maulx susdicts ne feit volentiers, si autant que ce ne fut chose contraire a son deuoir et conscience; que estant determinee de plustost souffrir tout extreme, que de venir en ceste danger et disposicion presente a faire faulte. Quest la cause, par laquelle elle sest rendue et rend si difficle a consentir la capitulacion dessee a Passau, signamment pour deux pointz; lung, pour non sobliger au point de la religion en chose que soit contre la conscience, actendu que par ledict traicte lon luy feroit par oblique consentir ce que passe quant au different de ladicte religion, le bridant pour non a jamais pouoir procurer le remede, actendu que lon loblige plus auant que jusquers a la diette prochaine, encores que en icelle lon ne parvint a sappoincter sur les moyens que en icelle se deuroient traicter, pour procurer le remede de ladicte religion [...]. Lautre point quelle ne peult consentir est, que sur le griefz elle doyge accepter pour juges ceulx qui sont a ceste effect speciffiez par le traicte[454].

Después de la conclusión del edicto de Passau, Carlos V y el obispo de Arrás no volvieron nunca más a Alemania. Comprendieron que mientras la Dieta se ocupara de los asuntos religiosos y los turcos amenazaran a Fernando, los protestantes exigirían cada vez más libertades, y era lo que Carlos trataba de evitar. La paz religiosa de Augsburgo, firmada por Fernando en 1555, significó el reconocimiento del protestantismo[455].

Una vez que llegó al trono Enrique II Valois, reinició la guerra con Carlos en el otoño de 1551. Partiendo para la campaña de Lorena, en febrero de 1552, el monarca francés manifestaba al parlamento de París los objetivos que le movían a hacer la guerra: mantener los derechos y pretensiones de su casa sobre Flandes, la Lombardía y el reino de Nápoles, considerando anuladas todas las renuncias hechas por sus antecesores[456].

Carlos V ratificó el tratado de Passau porque los Países Bajos se hallaban bajo la amenaza de Enrique II. En otoño de 1551, el monarca francés declaró la guerra a Carlos y en la primavera del año siguiente invadió la diócesis de Metz, Toul y Verdún, al mismo tiempo que conquistaba Nancy y Lorena. A pesar de la resistencia ofrecida, Enrique II había conseguido humillar a María de Hungría con la toma de Luxemburgo, ayudado por las fuerzas protestantes[457]. En el mes de julio, el ejército del emperador se encontraba presto para cualquier evento. El obispo de Arrás y el duque de Alba propusieron a Carlos V la conquista de Metz[458].

Al mando del duque de Alba, el ejército imperial reconquistó sin tardanza diversas ciudades perdidas y puso sitio a Metz, donde se unió también el ejército de María de Hungría. Metz estaba defendida por Francisco de Lorena, duque de Guisa, y resistió el asedio. Las disputas entre los servidores del Emperador se agudizaron especialmente entre Granvela y el duque de Alba tras el fracaso[459]. Granvela expulsó a Alba del entorno de Carlos V, impulsando a miembros de su propio grupo como Diego Hurtado de Mendoza, Juan

---

[454] K. LANZ, III, 358.

[455] L. W. SPITZ, «Particularism and Peace, Augsburg 1555». *Chuch History* 25 (1956) 110-126.

[456] A. JOUANNA, *La France du XVIe siècle, 1483-1598*, págs. 179-182.

[457] G. DE LEVA, V, 349.

[458] El período, en general, ha sido bien estudiado por M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, *Un Imperio en transición*, págs. 72-99.

[459] H. LUTZ, *Christianitas Afflicta*, pág. 204-205. Véanse en las cartas de la BPRM, ms. 2251, 2277, 2284, 2285, 2286. W. MALTBY, *El gran Duque de Alba. Un siglo de España y de Europa, 1507-1582*, págs. 101-103.

Manrique de Lara o Briviesca de Muñatones[460], al mismo tiempo que María de Hungría daba mayor confianza a los generales neerlandeses: Adriano de Croy, conde de Roeulx, tomó el mando en los Países Bajos. La separación total de Alba se produjo cuando fue necesario reemplazar al gobernador de Milán, donde fue enviado. Los hispanos perdieron su influencia en el ejército de Carlos V después de Metz: Adriano de Croy murió en el asalto de Théruanne, a principios de 1553, a partir de entonces, Manuel Filiberto de Saboya y Ferrante Gonzaga se disputaron el mando del ejército imperial, pasando a ser los italianos los generales.

El duque de Saboya, Carlos III, padre de Manuel Filiberto, había sido despojado de sus estados por Francisco I a causa de su fidelidad a los Habsburgo[461]. Carlos V tenía que desagraviar a su hijo y por eso lo nombró general de los ejércitos. Su influencia pronto se dejó sentir en el consejo de Guerra[462]. Ferrante Gonzaga no se sintió satisfecho de la preeminencia que adquirió el duque de Saboya, por lo que trató de alejarlo del consejo de Guerra, propósito que no consiguió por que lo impidió Granvela. No obstante, las disputas entre ambos potentados siguieron agriándose durante los últimos años del reinado del emperador[463].

En el mes de 1553, tras el fracaso de Metz, Carlos V se retiraba en soledad a su palacio de Bruselas, donde soportaría una crisis de desesperación, agobiado por pesares y abandonado por enfermedades[464]. Esta crisis se perpetuó hasta que Granvela comenzó a preparar el matrimonio del príncipe Felipe con María Tudor. Mientras tanto, el único consuelo y compañía del emperador fue su hermana María. Fue ésta, con la ayuda de Granvela, quien llevó el peso del gobierno. A partir de entonces, la desvinculación de Carlos V con el Imperio y la progresiva influencia de su hermano Fernando en dicho territorio se puso de manifiesto hasta el punto de que cederle la iniciativa de la Dieta que se preparaba y que, tras diversas convocatorias, terminó por reunirse el 5 de febrero de 1555 en Augsburgo y que concluyó con el reconocimiento y respeto a que los protestantes practicasen su la confesión.

En 1554, los franceses hacían nuevas conquistas en los Países Bajos[465]. Se apoderaban de distintos puntos del país de Lieja y ocuparon la ribera derecha del Mosa, hasta el punto que tales victorias animaron a Enrique II a dirigir personalmente el ejército. Afortunadamente para el emperador, recibió nuevos refuerzos y pudo reconquistar los lugares perdidos y rechazar al ejército francés demostrando que sus fuerzas no estaban rotas, pero la penuria económica le impidió continuar nuevas campañas.

15.3.2. *La tregua de Vaucelles (5 febrero 1556)*

La guerra de Carlos V y Enrique II había comenzado en el otoño de 1551. En el mes de febrero, partiendo para la campaña de Lorena, Enrique II manifestó al parlamento de París los objetivos que tenía para ir a la guerra: mantener los derechos y pretensiones de su casa sobre Flandes, sobre la Lombardía y sobre el reino de Nápoles, considerando nulas todas las renuncias anteriores. El año 1552 satisfizo los deseos de Enrique II, tanto su política como sus armas triunfaron en todos los frentes: en Metz, en el Imperio, en Siena, en el Piamonte, incluso en la guerra contra Inglaterra; para conseguirlo, el rey francés utilizó sin escrúpulo la alianza de los turcos y de los protestantes. Ahora bien, en 1553, la fortuna se inclinó hacia Carlos V. Murió el rey inglés y el reino quedó abierto a la influencia hispana (matrimonio de Felipe II con María Tudor), Alberto de Brandenburgo y los confederados del Imperio hicieron oídos sordos a los requerimientos del embajador francés, el duque de Florencia comenzó a atacar con éxito la república de Siena. La guerra se prolongaba cada vez más y resultaba una pesada carga económica para Enrique II. A pesar de todo, el cambio de la guerra no significaba que iba a llegar la paz. Carlos V exigía unas condiciones inaceptables para el monarca francés. Julio III había trabajado por la paz en Toscana y, una vez conseguida, pretendía acabar con la

[460] La traición cortesana a la que fue sometido el duque de Alba es reflejada por W. MALTBY, págs. 99-100.

[461] P. MERLIN, *Emanuele Filberto. Un principe tra il Piemonte e l'Europa*. Torino 1995, págs. 4-16.

[462] AGS. E, leg. 2604. P. MERLIN, *Emanuele Filberto. Un principe tra il Piemonte e l'Europa*, págs. 41-77. S. FERNÁNDEZ CONTI, *Los Consejos de Estado y Guerra de la Monarquía Hispana en tiempos de Felipe II (1548-1598)*, págs. 56-59.

[463] WEISS, IV, 322, 331, 351.

[464] La situación ha sido profundamente estudiada por M. J. RODRÍGUEZ-SALGADO, págs. 77-85.

[465] M. J. RODRÍGUEZ-SALGADO, *Un Imperio en transición*, págs. 91 ss.

guerra Habsburgo-Valois que traía a la cristiandad en perpetuo sobresalto. El 14 de abril de 1553, enviaba a Jerónimo Capodiferro, cardenal de San Jorge, a la corte francesa para que comenzase negociaciones de paz con Enrique II, mientras hacía lo propio con Jerónimo Dandino, cardenal de Ímola, enviándolo a la corte de Carlos V[466].

En la corte francesa se le ofrecieron dos alternativas al cardenal de San Jorge para firmar la paz con el emperador: dejar a cada uno lo que había conseguido, negociando sobre esta base, o bien, discutir los derechos jurídicos y las pretensiones de ambos soberanos, quienes se someterían a un arbitraje superior, el del papa[467]. Esta buena voluntad solamente era apariencia. En realidad, la idea misma de una simple suspensión de guerra provocaba objeciones numerosas. Para el curso de la guerra o negociar con el emperador significaba desanimar a los aliados alemanes, romper definitivamente con los turcos, desesperar a los *fuorusciti* italianos. Así pues, la fiebre nacida de las últimas victorias hacían que estas palabras solamente fueran fórmulas de cortesía, sobre todo cuando Carlos V, vencido, no admitía negociación. Efectivamente, Dandino fue recibido fríamente en la corte del emperador, quien se negaba a hablar con cualquier plenipotenciario en tanto que el rey no abandonase todas sus pretensiones[468]. Pocos días después, precisaba con más claridad sus deseos: Enrique II debía renunciar a los derechos sobre el reino de Nápoles y ducado de Milán, debía restituir Saboya y Piamonte a la dinastía legítima, debía quitar sus tropas de la república de Siena, debía abandonar Luxemburgo y romper la alianza que tenía con los Farnesio. Ante semejante situación y viendo que no se conseguiría nada positivo, los dos cardenales se pusieron de acuerdo para conseguir de ambos soberanos que firmasen una tregua de seis meses; pero también resultó imposible[469]. Esto motivó que Julio III llamase a ambos legados a Roma y en su lugar nombró al cardenal Pole para continuar con las negociaciones[470].

En febrero de 1554, Pole llegaba a Bruselas, donde se entrevistó con el obispo de Arrás, con María de Hungría y con el propio Carlos V. Este terminó por confesarle que deseaba la paz acuciado por la ruina de su hacienda, pero orgulloso de su condición solamente respondió a Pole vaguedades cuando le habló de firmar la paz[471]. Inmediatamente, el legado pontificio puso rumbo a Francia. El 12 de marzo entraba en San Denis, pero no fue recibido por Enrique II hasta el 29 de marzo en Fontainebleau donde fue recibido cortésmente, pero sin ningún ánimo de acabar la guerra, dado que las angustias económicas que pasaba el Emperador era de dominio público.

A pesar de la resistencia de los soberanos, el pontífice no se dio por vencido y durante los dos últimos años de su vida vivió obsesionado con el problema de la herejía y la amenaza de los turcos. En las instrucciones que recibió el nuevo nuncio para Francia, Sebastián Gualterio, volvía a insistirle que recordase al monarca la necesidad que la cristiandad tenía de paz[472]. Con todo, con la llegada de Gualterio a Francia, las negociaciones sobre la paz no avanzaron mucho. Solamente, el 31 de agosto, un mes después del desastre de Strozzi en Siena, el nuncio se atrevió a recordar al rey y a sus consejeros que deberían hacer la paz con el emperador, pero aún así, el rey francés solamente pronunció quejas y maldiciones contra Cosme de Médicis, mientras que trataba de sacar al papa de su neutralidad para que realizase una alianza con él en contra del emperador[473]. Incluso llegó a poner la república de Siena bajo la protección de la Santa Sede cuando fuera conquistada, pero Julio III se mantuvo en su neutralidad.

A finales de 1554, viendo desvanecerse las alianzas en Italia, Montmorency pensaba que la Monarquía francesa no podía mantener sola la guerra en dicha península. Justamente entonces, el cardenal Pole entraba de nuevo en escena, anunciando a Enrique II la reconciliación de la Monarquía inglesa con la Santa Sede,

---

[466] H. LUTZ, *Christianitas Afflicta*, págs. 247-275. M. J. RODRÍGUEZ-SALGADO, *Un Imperio en transición*, págs. 226-230.

[467] ASVa. Nunc. Francia, III, fol. 157r.

[468] Así se lo manisfestaba el cardenal de Ímola al Pontífice en carta del mes de julio 1553, ASVa. Nunz. Flandes, vol. I, s. n.

[469] ASVa Nunz. Franc. III, fol. 169r.

[470] H. LUTZ, *Christianitas Afflicta*, págs. 307-315. Las instrucciones de Julio III al cardenal Pole fueron publicadas por R. ANGEL, Nonciatures de Paul IV, I/1, págs. 1-6. Sobre la ideología de Reginaldo Pole, T. F. MAYER, «Reginald Pole in Paolo Giovio's Descriptio: A Strategy for Recorvension». *Sixteenth Century Journal* 16 (1985) 431-450.

[471] ASVa. Nunz. Fiandra, II, 23v y 29r.

[472] R. ANGEL, Nonciatures de Paul IV, I/1, págs. 23-24.

[473] *Ibídem*, págs. 106 y 107.

al mismo tiempo que le invitaba a tomar conversaciones de paz[474]. Poco después, Reginaldo recibía información del nuncio Gualterio que el rey deseaba la paz, por lo que el propio nuncio, con el consentimiento de Pole, propuso a Enrique II celebrar una reunión bajo el arbitraje del cardenal Pole. El legado, Enrique II y sus ministros, el rey y la reina de Inglaterra recibieron esta proposición con agrado. Carlos V se hizo de rogar, pero daba su consentimiento el 14 de marzo de 1555. El 23 de marzo se anunció oficialmente la reunión conferencia de las conferencias de Marck. Ese mismo día moría Julio III sin poder concluir su obra de paz. No obstante, a pesar de los obstáculos, las reuniones continuaron sin él.

La historia de las conversaciones de Marck son conocidas. Se sabe que después de vanas discusiones, fueron suspendidas. El fracaso fue el resultado de las posturas arrogantes de las dos partes. No obstante, conviene destacar la importancia que adquirieron las «cuestiones morales» en la discusión. Cuando los plenipotenciarios se separaban, el 7 de junio, Reginaldo Pole, que había presidido las deliberaciones, reprochó agriamente al cardenal de Lorena la actitud que había mantenido[475], acusando a los franceses la ruptura de las conversaciones. Gardiner, obispo de Winchester, viendo que los representantes de Carlos V y Enrique II no se ponían de acuerdo, propuso que el concilio de Trento resolviera las discrepancias[476]; pero los acontecimientos favorecían la postura francesa: el nuevo papa Marcelo II gobernó solo unos días, su sucesor, Paulo IV Carafa favorecía la guerra; Brissac tenía nuevos éxitos en Italia; la escuadra de Solimán llegaba al mar de Génova; en Alemania, el rey de Romanos retrocedía frente a los protestantes[477]. Con todo, el condestable de Francia, al contrario de todas las fuerzas de Francia que querían renovar la guerra en Italia, quería la paz. En el mes de diciembre de 1555, Gaspar de Goligny, sobrino de Montmorency, y Sebastián de L'Aubespine, abad de Bassefontaine, se rindieron en la frontera del norte y entraron en negociaciones con los representantes del emperador, Carlos de Lalaing y Simón Renard, con ocasión de cambio de prisioneros. Fue una negociación rápida, facilitada por Carlos V, que se disponía a abdicar, firmando en el convento de Vaucelles, cerca de Cambrai, el 5 de febrero de 1556[478]. La tregua de Vaucelles, concluida por cinco años, establecía que los franceses guardaban todo lo ganado: Metz, Toul, Verdún y algunas plazas de Luxemburgo e Hinault, adquirido en 1552.

---

[474] *Ibidem*, págs. 183 ss.

[475] T. F. MAYER, «A Mission Worse than Death: Reginald Pole and the Parisian Theologians». *English Historical Review* 103 (1988) 870-891.

[476] L. ROMIER, I, 526.

[477] H. LUTZ, *Christianitas Afflicta*, págs. 353 ss.

[478] M. VAN DURME, *Imperio y revolución bajo Carlos V y Felipe II*, págs. 179-193. H. LUTZ, *Christianitas Afflicta*, págs. 386 ss.

Serie de grabados de la gran cabalgata de Bolonia

Nikolas Hogenberg (hacia 1530-1539)

37 estampas calcográficas, de 360 × 300 mm (con pequeñas variaciones)
Ejemplar incompleto de la 1.ª edición.
Madrid. Biblioteca Nacional. Signatura: pendiente de catalogación.

MAGNATES ET

MILITIÆ DVCES VEXILLA COMMVNIS BONONIENSIS

C

MAGISTRATVS BONON
D

COLLEGIORVM BONON VEXILLA DOCT[O]

ES LL· ET CA NON VM XII

VRBIS BONO GVBERNA

OR VRBIS BONO VEXIL VEXILLA RVBRA PONTIFICIA CVBICVLARI

I PONT FAMIL DVCIS PENNÆ · ANTIQVV·PO·ROVEXILS·GEORGII·AQVILA IMPE
·II·

REL VEXILLA CRVCIS ECCLESIÆ PONTIFICIS EQVIS EX GENEROSIS S. A TOTIDE

HELCIARIIS PRODVCTI

QVATVORPONTIFICIS CAPELLA PONT CVBICVLARII SCRIBÆ AV

LICI ADVOCATI AVDITORES ROTAE

TVBICINES

CORYNOPHORI VIRGIFERI HOSTIARII IANITORES

HERALDI DIVERSORVM

TIARA PONTIFICIA IIICĀDELABRA AVREA XIIICERAE CĀDIDAE ARDĒTES T

AEDAE SANCTA EVCHARISTIA BONON PATRIC II⁹ AC MEDICIN DOCTORIB STIP

AEA PONT·SACRISTA VARII PRINCIPES COMITES MARCHIONES DVCE

DIVERSARVMQVE NATIONVM LINGVARVMQVE SATRAPAE VIRI NOBILES

ET POTENTES CAESAREI

ARCHITRICLINI SIVE MŌRIDOMVS MAGNVS ARCHITRICLINVS ADRIA

NV S COMES ARMODIO BVRGV NDV S HERALDVS INSIGNEN VMI S MA SPARGEN S

COLLEGIVM CARDINALIVM BONIFACIVS PALEOLOGVS MA

RCHIOMON·FER·CV̄S·CEPTRO·IMP· FRANCISCVS·MARIA·DVX·VRBINI·GLADIV̄·IMI·FERENS.

BB

PHILIP·EX·PALATIN·RHE·ET·BAVA·DVCIB·CV̄·AVREOPOMO·CAROL·DVX·SABAVD·IMP·DIADEMATENENS

·CC·

[illegible] VII BOLIT MAN IMP [illegible] AR [illegible] AVG

[illegible]

HENRICO MESA NASSAV ARCHIEPS BARBEN EPS CAVRIEN EPS BRINIEN NK

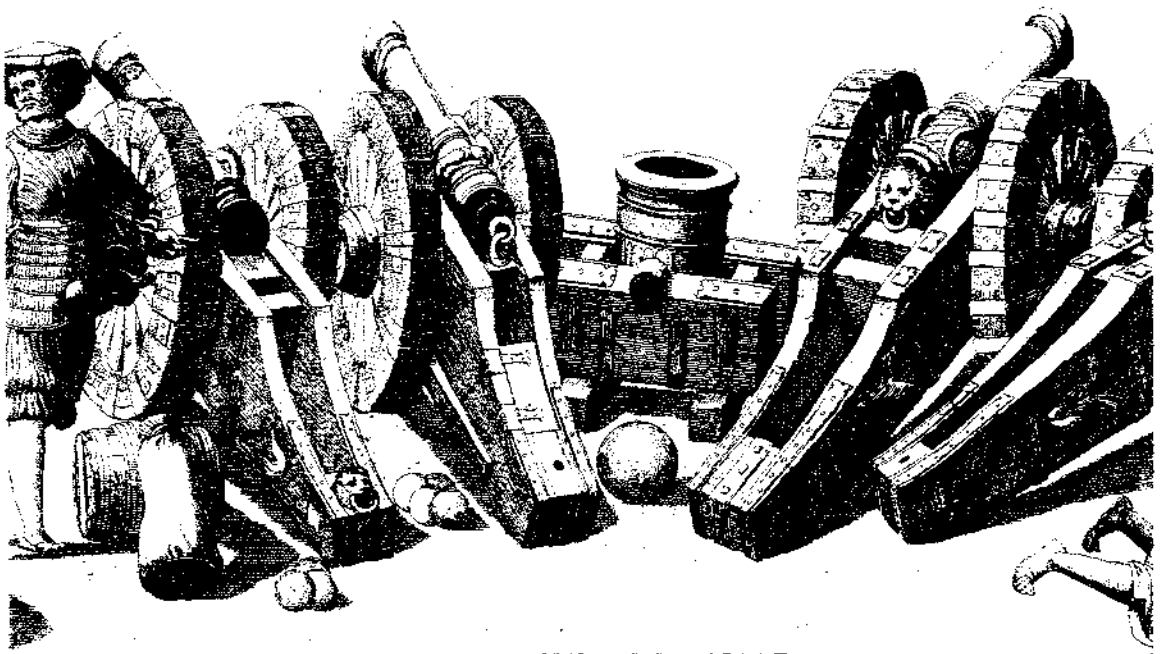
ARES ET PRÆLATI TIMPANISTÆ TVBI

CINES CATAPHRACTARVM EQVITVM ARMATAE PHA

LANGES PVTA MARCHIONIS ASCOLEN COMITIS A RHODIO BARONIS AVTREGII

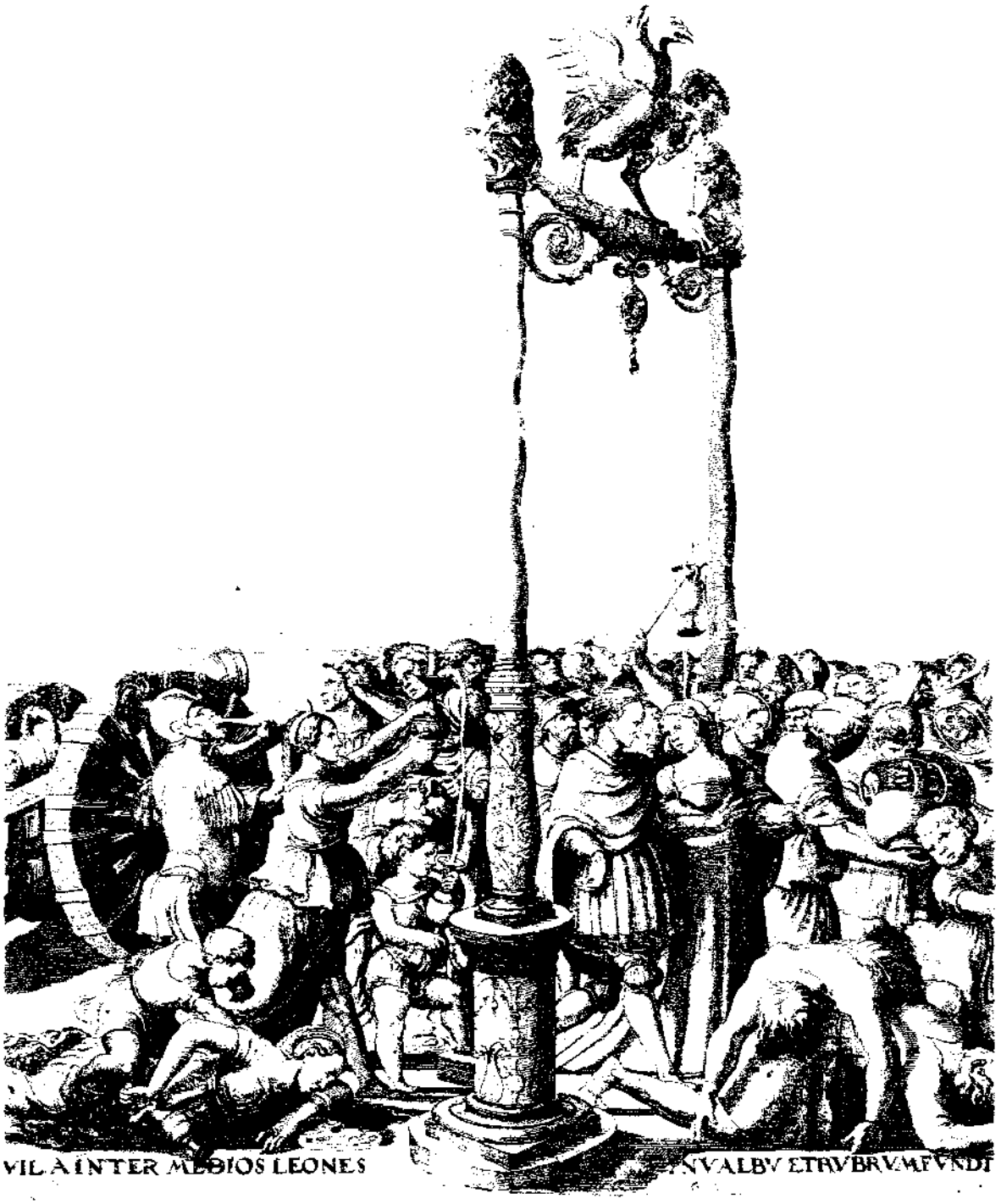
DNI VIENNEN BARONIS SSATVRNINI GERMANI ETHISPANI PEDITES CVSTO

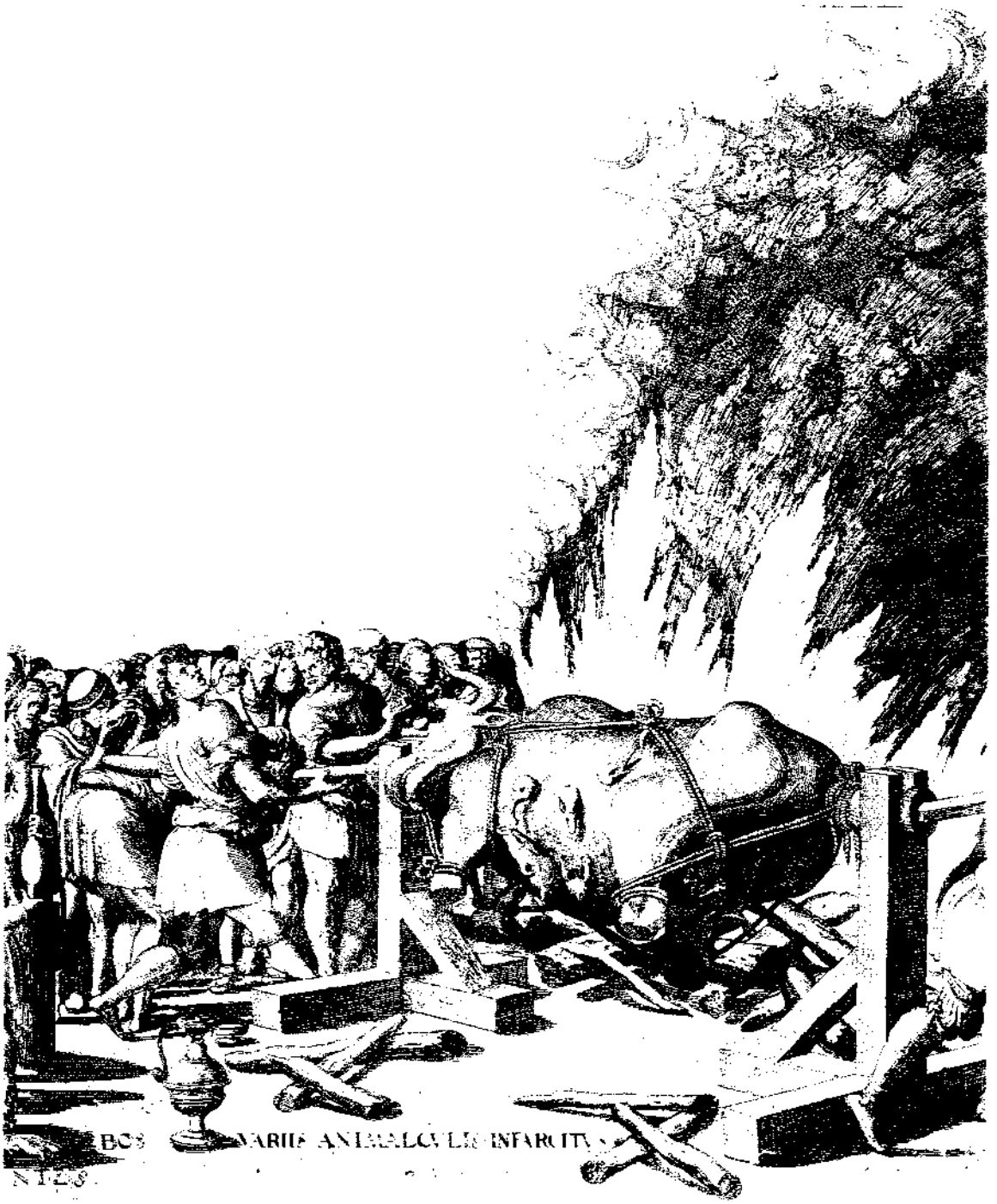
DIA AGENTES ANTONIVS [illegible] CAPITANEVS



GENERALIS MACHINAE BELLICAE

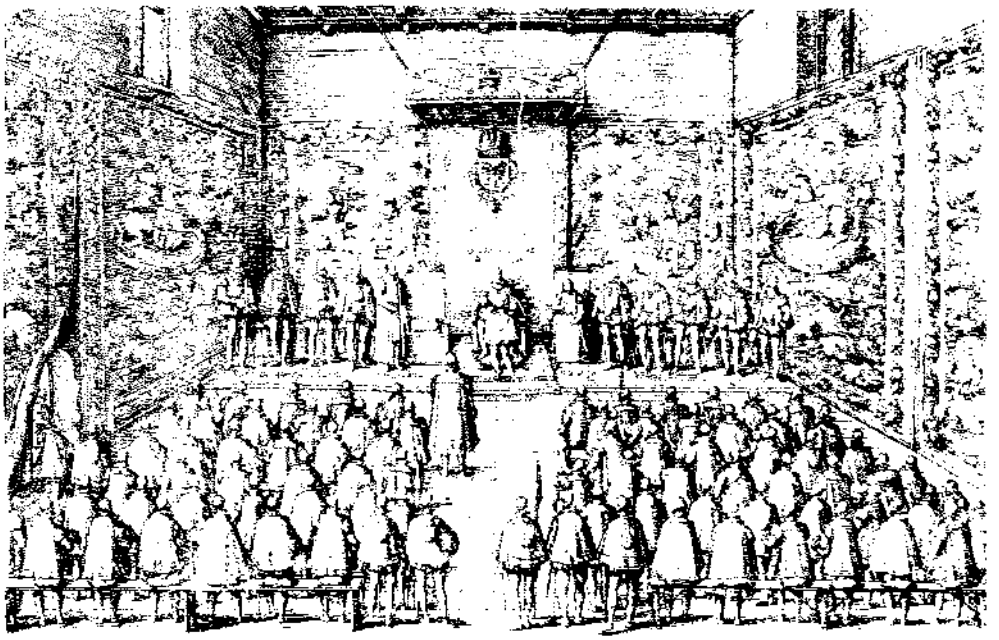
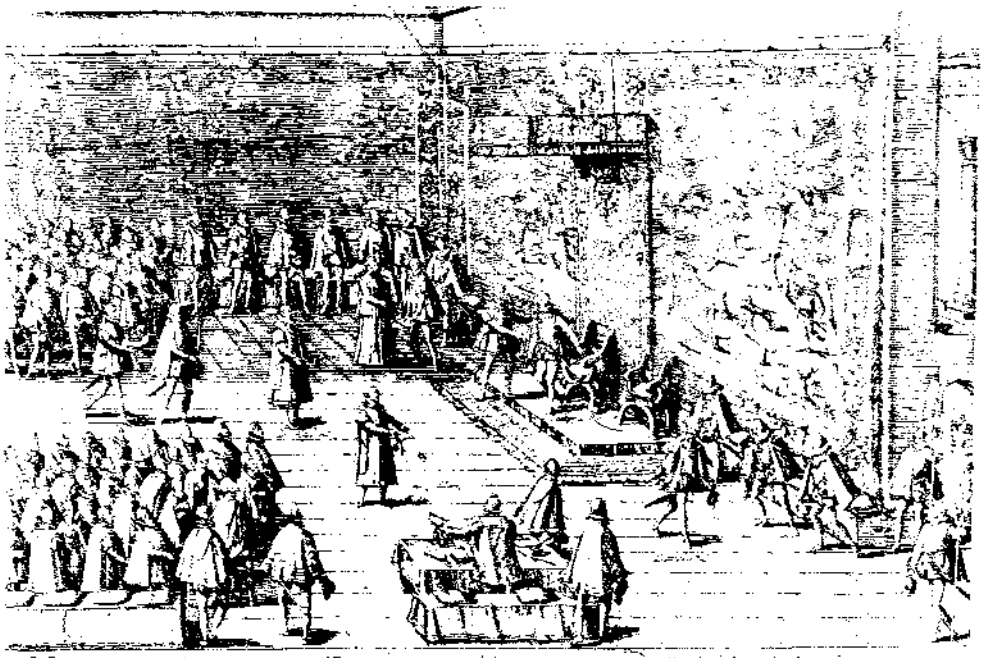
AQ


VIL A INTER MEDIOS LEONES
NVALBV ETRVBRVMFVNDI



NIS OMNIS GENERIS PASSIM OMNIBVS DISTRIBVTVS

Abdicación de Bruselas

Franz Hogenberg

Abdicación de los Países Bajos el 25 de octubre de 1555, de la serie *Sucesos de Europa*, grabados calcográficos. Madrid, Biblioteca Nacional Inv. E. R. 2.901, 11 y 12.